



LA CIENCIA Y EL PSICOANÁLISIS

Marie- Jean Sauret¹

Sin duda hoy, la mayoría de los psicoanalistas estarían de acuerdo en reconocer que el psicoanálisis no existiría sin el antecedente lógico de la ciencia moderna². La misma mayoría se divide sobre las consecuencias que hay que extraer de esto: *para unos*, el psicoanálisis es un arte que hace ruptura con dicha ciencia; *para otros*, el psicoanálisis debe mantenerse en el seno de la ciencia, sometiendo sus resultados a los procedimientos experimentales de validación; *para otros aún*, el psicoanálisis es la práctica y la teoría que conviene para tratar los hechos sobre la exclusión; de los cuales la ciencia está constituida, por ejemplo, el inconsciente y sus formaciones a su cargo; entonces, en el psicoanálisis se hace valer el rigor de sus demostraciones de una manera tal que sostiene la comparación con la ciencia.

Es que acaso no convendría contemplar una *cuarta* posición³: la invención del psicoanálisis cambia la ciencia. No hay ciencia sin la exclusión de eso que el psicoanálisis allí reintroduce. A la cuestión de lo que es una ciencia después del psicoanálisis, proponemos examinar la siguiente respuesta: es una ciencia que toma en consideración el sujeto, la singularidad, el Nombre del padre, entre otros. No sería más que por eso por lo que no hay ciencia sin este sujeto que la fabrica. Nosotros nos atenemos aquí en justificar la seriedad de una hipótesis que tendrá por consecuencia, entre otras cosas, lo anunciamos inmediatamente, nos obliga a constatarlo: “el psicoanálisis *con* la ciencia” ¡significa que la evaluación es susceptible de ir a veces *contra* la ciencia!

¹ Psicoanalista. Doctor en Psicología. Coordinador de Laboratorio clínico psicopatológico e intercultural Universidad de Toulouse, Francia. Miembro de la Asociación de Psicoanálisis Jacques Lacan AP-JL. Correo electrónico: sauret@univ-tlse2.fr.

² Este artículo está compuesto de dos partes: la primera se apoya sobre una publicación reeditada con Michel Lapeyre intitulada: “El psicoanálisis con la ciencia” y publicada en francés en *Clínicas mediterráneas*, Toulouse, Eres, N° 71, 2005, pp.143-168, con errata en el N° 72, 2005, p.3

³ Esta es la cuestión introducida por Lacan en “La ciencia y la verdad”: “el psicoanálisis es esencialmente eso que reintroduce en la consideración científica el Nombre del padre” (1966, pp. 874-875). Ella está más claramente extraída aún en lo que Lacan presenta en el resumen del seminario XI (1964), como su “proyecto radical”, responder a la cuestión la que va de: ¿el psicoanálisis es una ciencia?” a “¿qué es esa ciencia que incluye al psicoanálisis?”

1 - La ciencia moderna

Para abordar este proceso retomaremos, en grandes líneas, el razonamiento y la demostración de Jean-Jacques Kupiec y Pierre Sonigo⁴ a propósito de la biología: ¿en cuáles condiciones merece el nombre de ciencia? Se trata, a la vez, de señalar una idea casi precisa del movimiento por el cual la ciencia está concretamente constituida y de reparar ciertos impases específicos de este proceso. No nos sorprendería descubrir que Psicología y Psicoanálisis se inscriben allí diversamente.

a) Hacia un nominalismo positivo

Afirmar que el advenimiento de la ciencia moderna constituye una ruptura epistémica, no significa ni que aquella sobrevenga sin preparación, ni que ella sea comprobada como irreversible en todos los dominios. En efecto, ha sido al menos necesario que en los siglos anteriores, los cuales tenían acumuladas las condiciones que la hicieron posible, al igual que, si en último término, *este advenimiento remplace los sujetos contingentes* (Kepler, Galileo, Huygens): ¡está ahí ya la *singularidad!*

Entre otras condiciones, hay que contar con la toma de posición de Platón frente a la experiencia tramposa de los sentidos. Desgraciadamente, el mito de la caverna, que afirmaba el primado de las ideas sobre la realidad sensible, debió retornar a los saberes del mundo concreto y entonces, al examen de los individuos y de los objetos, en provecho de las ideas generales. Aristóteles parcialmente corrigió esta orientación y franqueó un paso hacia el materialismo. Según él, en efecto, no existen más que sustancias individuales hechas de materia y de forma. Solamente esta referencia a la forma no escapa, en absoluto, al idealismo platónico, puesto que considera que la forma de los seres vivos es el alma, aunque sea ella de naturaleza psicofisiológica. Por esto, su "*De anima*", considerado casi como el primer tratado de Psicología, replantea esto último del lado del idealismo, hipotecando su relación a la ciencia.

⁴ Jean-Jacques Kupiec y Pierre Sonigo: *Ni Dios ni género—Por otra teoría de la herencia—*. París, Le Seuil (El umbral) colección Puntos Científicos, 2000. Las cifras más largas, entre paréntesis, reenvían a la paginación de esta obra, que nosotros parafrasearemos en repetidas ocasiones.

¿Esta alma tiene una realidad?⁵ Si es posible acercarse a la forma de los seres vivientes, los perros, por ejemplo, a lo que llamamos la especie, los caninos, la pregunta llega a ser: ¿es la especie una realidad o un puro concepto? Esta cuestión ha sido resuelta por Ockham: “sólo los seres singulares existen”. Si una serie de ellos se parecen, es por pragmatismo que se los reúne bajo la misma palabra. Este punto de vista, que niega la existencia de un real que correspondería a la especie *canina*, es decir, el nominalismo. Pero este nominalismo juega un papel decisivo en la marcha hacia la ciencia moderna, inversamente a la causalidad platónica: *los individuos no existen más que porque ellos realizan la idea general de la especie. Pero las especies, las palabras que las designan, existen porque los individuos se parecen.* Remarquemos que si esta concepción pone brutalmente en causa el carácter inmutable del saber como dado por toda eternidad, los hechos observados quedan idénticos; pero su relación a la teoría está invertida, ellos priman sobre esta última, contribuyendo al hundimiento, después de aquel del platonismo, del aristotelismo, y facilitando la vía de la ciencia.

b) Un mundo calculable

Otra etapa decisiva tuvo lugar con Copérnico. El que inaugura en física un movimiento que consiste en, para seguir el proceso de Ockham, se trata de reemplazar el antiguo mundo complejo, aquel de Ptolomeo, por un mundo más simple. Se renuncia entonces a las categorías generales; a la especificidad para caracterizar los objetos y se los reemplazan por los parámetros variables y medibles: enumerando, contando, cualificando y parametrando sus *particularidades*.

Las consecuencias son conocidas: definir los objetos como se intenta justamente por su especificidad. Esto es creer que ellos tienen un lugar predefinido en el universo; que ellos obedecen a un plan secreto, que la

⁵ La cuestión aparecerá en más tarde en los siguientes siglos, justo hasta Duncan Mac Dougall, quien comparará el peso de los cuerpos inmediatamente antes y después de la muerte de seis humanos y sus perros: sólo los humanos pierden 21 gramos; el peso del alma CQFD (Duncan MacDougall, M.D. de Haverhill, Mass, “Hipótesis concerniente a la sustancia del alma junto con la evidencia experimental de la existencia de tal sustancia”, American Medicine, Abril, 1907).

alquimia o la astrología por ejemplo, percibieron. Por el contrario, los copernicanos deshacen las especificidades; ¡la matematización del mundo sensible reduce los objetos al silencio... y les deja su libertad! Establecer las leyes de la naturaleza que garantizando esta libertad, o al menos en el sentido de la emancipación del capricho divino, tal es entonces la tarea del sabio.

Partiendo del mundo sensible hacia las ideas generales, volviendo hacia las existencias singulares, la atención del sabio se coloca en adelante sobre los objetos matematizados: es en este contexto, que Kepler, Galileo, Huygens, Newton, siempre el sujeto, pusieron en evidencia un impase (por las teorías del anciano mundo complejo acumulado justo hasta ellos), que testimoniará de la autonomía conquistada respecto al saber de los ancianos.

c) Ruptura epistémica y pasión de la ignorancia

Ciertos autores se aprovechan de esta historización posterior al nacimiento de la ciencia moderna, para sostener la tesis de la acumulación y de una mutación cualitativa del saber, contra aquella de la ruptura epistémica. Se les objetará que la acumulación de los medios de producción del saber, el desarrollo de las matemáticas, por ejemplo, y que al mismo tiempo es ya un saber, no se confunde con la transformación de saberes obtenidos por esos medios, que de una transformación cualitativa del saber, signifique bien una salida del cuadro clásico del saber precedente. Se les concederá que la concepción que los sabios (¿ellos mismos?) se dan del saber remplazado de la ideología científica: pensar que la producción del saber consiste en reencontrar aquello a lo cual los hombres tenían acceso cerca de los dioses o del que está expuesto dentro del gran libro de la naturaleza o aquel que existiría ya en lo real, no impide que este saber sea bello y esté bien construido. (cf. *El Menón*). Solamente la ideología confiere al saber construido un estatus de verdad eterna paralizante. Cuestión muy actual: *¿cómo salir de la prisión de las ideas?*

¡Es asombroso constatar que Newton mismo continuará atribuyendo la armonía del universo a Dios, rechazando la hipótesis de un azar feliz tan improbable como aquel de lograr en “hacer tener mil alfileres sobre sus cabezas” (Siempre Kupiec y Sonigo). Solamente cuando Newton extrae de estas



descripciones la fórmula de la gravitación universal, Dios no entra allí por ninguna parte: él no se mantiene más que como sujeto supuesto saber, aguzando la curiosidad del sabio.

Lo que permite comprender la cuestión planteada por ciertos físicos: queriendo extraer las leyes de la naturaleza, ¿es esa que nosotros no privilegamos de las regularidades, las armonías? ¿Es que esta armonía existe por fuera de nosotros? ¿Es en eso en lo que nosotros no fallamos de lo que del universo no sería matemáticamente armonioso o solamente legible? Y, finalmente, ¿no retomaremos lo que se dice, con la concepción ptolemiana de una armonía deseada por el creador? Indicamos, allí todavía, que sólo una sumisión a la ideología anterior que perdura en el sabio, que por tanto la contradice en acto, lleva la confusión entre la armonía planteada *a priori* como organización del mundo y de las regularidades extraídas por la demostración del sabio, al pasaje contra el tipo de armonía postulada al principio. La armonía concreta observada, construida y deducida, deshecha la idea general de la armonía dada.

El trabajo a la saga del platonismo ha movilizado tanto a filósofos y sabios como las teologías negativas, sosteniendo que si no es posible afirmar eso que Dios es, entonces solamente es posible lo que él no es; están preparados los sabios a ir más allá de Dios. Y cuando Giordano Bruno concluye que si Dios es infinito él no puede más que haber creado un mundo a su imagen, infinita. Él la emancipa del cálculo mismo de Dios y la libra a los investigadores. Un Nicolás de Cusa participa de esta emancipación planteando que las idealidades matemáticas (los conceptos) no son dados, sino igualmente contruidos por los matemáticos⁶.

2 - Los fundamentos de la ciencia moderna

⁶ Lo que volverá en Piaget al deducir que si la ciencia es una práctica del tratamiento del real por lo simbólico, ella supone un operador dotado de capacidades cognitivas. Se sabe que, de cualquier manera, él homologará las etapas del desarrollo del niño (para adquirir las operaciones necesarias en la fabricación de la ciencia) a las etapas de constitución de la ciencia misma. La filogénesis repite la ontogénesis, de allí la idea de estudiar al niño para conocer la ciencia (Piaget, 1984,1988)

La ciencia moderna propiamente dicha nace, entonces, cuando los sabios abandonan la concepción medieval de un saber ya presente en el gran libro de la naturaleza, acumulable y verdadero para la eternidad; garantía para los sabios quienes lo han formulado: Galileo, Huygens, Copérnico, etc. Cada uno a su manera, descubren que el individuo prima sobre la especie, que el real es más fuerte que la verdad, que los hechos objetan al saber de los ancianos y que es necesario abandonar las orillas de la cosmología de Ptolomeo, la concepción griega del tiempo, para extraer los hechos *efectivamente*. El nuevo sabio en la "pasión de la docta ignorancia" (Nicolás de Cusa), está menos interesado por eso que él ya sabe que por lo que él ignora – pues la ganancia de saber que allí él deduce le obliga a una renovación de la ciencia. *En adelante, el saber se renueva más que acumularse.*

Esto vuelve en Descartes, de tener que extraer de la vacilación del saber los fundamentos de la ciencia moderna: *si yo pienso, si yo examino los saberes acumulados, es decir, verdaderos, yo estoy obligado a constatar, o que al menos admitir que Sócrates, Platón, Ptolomeo, etc., no pudieron equivocarse, yo no estaría seguro de nada; yo dudo de todo. Si yo me introduzco en los saberes constituidos de la ciencia medieval, ¡esto es lo pagano!* Descartes registra este hecho, a la manera de lo que Galileo calificaba de experiencia mental, *experimentum mentis: si me introduzco en el saber como sujeto cuestionante (cogito), en él se genera un desorden, en dicho saber, es entonces la prueba que no hay allí el sujeto (ergo sum).*

Descartes extrae múltiples consecuencias dentro de las cuales nosotros nos situaremos. La primera es la afirmación del primado de la causa formal en el razonamiento científico. Por cierto, la humanidad no entendió a Descartes más que por plantear la cuestión de la existencia de cada uno: ¿pero sobre qué la funda? ¿Sobre los sentidos? Pero a pesar (o sobre la fe) de los sentidos (equivocos), durante siglos las generaciones han afirmado que los astros giraban en círculo. Desde entonces ¿en lo que se pellizca sería una prueba de la existencia de un individuo y no un sueño del pellizco? Lo remarcado demuestra, por cierto, que la existencia del individuo no se confunde con aquella del sujeto del sueño o del razonamiento. El desorden en el saber le

permite subordinar dos hechos conocidos: la existencia del sujeto y la actividad del pensamiento; de la primera la segunda *vía* la causa formal.

La segunda consecuencia conlleva a la producción de un hecho científico que en adelante cae en el campo de la ciencia, entonces, como hecho de *discurso*: el sujeto. Si podemos repetir la conclusión de Descartes, entonces “yo soy” es que no hay nada allí de Descartes en ese “yo soy”. Este sujeto es desubjetivado, objetivado: este es el sujeto que la psicología se va a apoderar como objeto específico.

La tercera consecuencia es la que más frecuentemente pasa bajo silencio: no hay ciencia sin una subjetividad que la fabrica, sin el primer “yo pienso”. ¿Por qué Descartes ha decidido evaluarla en el conjunto de los saberes existentes? ¿Por qué él se interesó en eso que todo el mundo ignoraba después de haber acumulado el máximo de saberes de la universidad medieval? Nosotros lo ignoramos (Macary). Y en este sentido, esto no es un inconveniente; esta ignorancia participa del proceso de objetivación. La ciencia parece constituirse en detrimento del saber sobre el sujeto concreto que la fabrica, puesto que cuando se la estudia, cuando se escribe su biografía, cuando se interesa en la creación científica, se tiende a hacer caer esta subjetividad al rango de objeto, o al nivel del “*ergo sum*”. Solamente, si nosotros ignoramos en y con la ciencia la verdad que causa el deseo de Descartes y más del sabio, nosotros debemos reconocer sus incidencias sobre el aspecto de la causa formal (Lacan, 1966).

Esta no es la *vía* seguida por Descartes y por la mayor parte de sus comentadores. Él divide el campo de los conocimientos entre *la física*, el solo hecho científico cuyo relevo en adelante -entre otros, el “*ergo sum*”, el sujeto tomado como objeto de estudio (individuo, psiquismo, mental, etc.)- y *la metafísica*, a la cual él reenvía el sujeto de la palabra, del “*cogito*”, de la duda, aquel que justamente fabrica la ciencia. De donde la cuestión inédita realzada por el psicoanálisis: *¿es legítimo estudiar el sujeto que fabrica la ciencia, es decir,*

aquel, el mismo que habla, que desea, que duda? Ciertamente, ¿es legítimo acosar en la ciencia misma, en la lógica particularmente, los huellas de la singularidad?

3 - El retraso de la biología:

Antes de atraer la mínima respuesta, detengámonos, siempre con Kupiec y Sonigo, Lewontin, Seralini, etc.⁷, sobre la constitución de la biología que unos consideran hoy en día como una de las hijas mayores de la ciencia moderna, sin duda después de la física. Se trata aquí menos de un recorrido que de examinar el fundamento explícito de las psicologías que rechazan el psicoanálisis: psicología comportamental, bio-psico-social y, por una parte, al menos, psicología cognitiva y neuropsicología.

La caída del nominalismo realizado por Ockham y Copérnico en los siglos de intervalo para la física, Darwin pudo permitirlo para la biología. A decir verdad, la idea de evolución ha sido introducida por otros antes que él, Buffon y Lamarck, pero justamente en los términos que no rompían claramente con el platonismo o el aristotelismo, y para decirlo de una vez, con la metafísica.

a) La revolución biológica:

El primer acto de Darwin⁸ reside en rechazar la noción de especificidad “en provecho de la variación, erigida como propiedad primera de los seres vivientes” (p. 45). Es suficiente llamar la atención de los individuos concretos para poner en evidencia sus infinitas variaciones. El resultado de esta infinita variación es la producción de diferencias individuales y, entonces, la desvalorización de la noción de especie. Esta tesis releva las variaciones individuales en detrimento de la noción de especie. Ella se opone entonces a la opinión fijista, (las especies son dadas y se reproducen a partir de los órganos que no cambian por la interfecundidad, etc.) que releva siempre la de la

⁷ Ver el excelente dossier “El imperio de los genes”, *Ciencias y vida*, fuera de la serie n° 136, octubre/noviembre 2003.

⁸ Evidentemente se trata de otro Darwin que aquel recuperado por el darwinismo social que denuncia, con justo título, Roland Gori en “La pasión del orden en las lógicas de la salud mental hoy” *Las nuevas apuestas del psicoanálisis –subversión y conflicto- Tercera Jornada de la F.E.D.E.P.S.Y Analuein, n° especial junio 2004, pp. 18-27.*



tradición medieval, (sería evidente que la especie existe puesto que yo veo la semejanza entre los individuos).

La segunda etapa de Darwin consiste en tomar partido por el nominalismo. Él afirma que utilizar el término de variedad para designar los grupos de animales donde las semejanzas son laxas y variables; o llamar especie a individuos donde la semejanza es muy estrecha, releva de una elección arbitraria y pragmática. Puesto que ella es imposible de definir “la suma de diferencias necesarias para dar a dos formas el rango de especie” (p. 48). Afirmando el carácter *incuantificable* de la especie, Darwin la arregla de parte de los objetos definidos *cuantitativamente* por la escolástica medieval, en el umbral de la ciencia.

Evidentemente, si Darwin rechaza la atribución de semejanzas en la fijeza de las especies creadas por un dios platónico, él les opondrá una explicación compatible con la hipótesis evolucionista. No se trata de una simple semejanza, sino de un lazo que “no es otro que la comunidad de descendencia; la sola causa común de la similitud de los seres organizados” (p. 49). Así como lo comentan Jean-Jacques Kupiec y Pierre Sonigo, “la clasificación es también una significación. Pero ésta no es la expresión estática de la creación y del diseño divino. Esta no es más que el reflejo, es el lazo genealógico de todos los seres vivientes, entonces, la evolución. La especie es para Darwin un conjunto de individuos que tienen un ancestro común, sin referencia a una identidad de estructura” (p. 50). Las semejanzas más o menos fuertes expresan un lazo de parentesco más o menos fuerte. Tal como Ockham, Darwin gira alrededor de entes ideales para los individuos reales y descubre que la especie es un proceso y no una entidad estática definida por las características propias.

Darwin ha resuelto entonces el problema que planteó Linneo: ¿por qué hay unos seres diferentes? Se recuerdan las explicaciones anteriores: estas diferencias corresponden a las ideas de Platón; ellas serían las moléculas de Aristoteles que dan la forma a la materia; ellas son el efecto de prototipos de las especies de Buffon; ellas resultan de una transferencia de la creación divina,



según Lamarck, en un mecanismo físico que las prolonga. La cuestión y su explicación caen en si la variación *indefinida* es la *propiedad de los seres*.

Los problema se invierten de hecho: “Si la variación indefinida es el fundamento de eso que pasa en la naturaleza, ¿por qué hay la identidad, la homogeneidad, por qué no nadamos nosotros en una nebulosa absoluta creada por el continuo de todas las formas de los vivientes variando al infinito?”

b) El modelo azar-selección:

La respuesta aportada a este problema es importante: ella consagra, sea la entrada definitiva de la biología al campo de la ciencia, sea, al contrario, una regresión a las teorías fijistas, realistas de la escolástica. Dentro de los hechos, Darwin franquea el paso: es la selección natural la que deja que ciertas formas se multipliquen más que otras, creando por tanto los grupos de seres vivientes identificables.

Atención, así como lo señalaron nuestros dos autores, no se trata de un determinismo a posteriori, implicando un seleccionador divino con la mirada sobre el resultado. Los individuos se desarrollan más al azar: la selección privilegia los individuos, los más adaptados a los recursos disponibles. Las interferencias entre individuos y la competencia que resulta están en el origen de las especies como proceso. Sólo sobreviven los individuos especializados en tal o cual aspecto de recursos. “El sistema [darwiniano], fundado sobre las relaciones no específicas de sus componentes ha creado el orden” (p. 56). Es por esto que hay allí una gran degradación de libertad entre los componentes de un ecosistema, que puede tener reagrupamientos de individuos en especie, del hecho de la muerte de individuos intermediarios. Sea un continuo de individuos teniendo los mismos ancestros y repartiéndose de A a A la n potencia) del más pequeño al más grande. Esto es la desaparición del individuo de tallas intermedias que hará creer en dos especies, la una de pequeña talla y la otra de gran talla:

$$A=A', A'', [\text{ausencia de los individuos } A''', A''''] \underline{B=A''''', \dots A^n}$$

(Individuos de pequeñas tallas A, A', A'' [corte introducido por la muerte de individuos de tallas intermedias A''' y A'''' por ejemplo] individuos de grandes tallas Aⁿ identificadas más adelante como especie B diferente de A)

“La selección natural es un principio de creación del orden a partir de sus relaciones no específicas” (p. 56).

La contribución de Darwin a la entrada de la biología en el campo de la ciencia es entonces decisiva. Esta constatación constituye una piedra en el zapato a todos aquellos que no han dejado de "refutar" el carácter científico de su teoría de la evolución, so pretexto de su "irrefutabilidad"! Esta refutación contribuye a aserrar la rama misma de la ciencia sobre la cual la biología contaba sentarse.

Las consecuencias del darwinismo son decisivas desde múltiples puntos de vista. Nosotros tenemos que insistir sobre su abandono de la noción de especie definida como cuadro del desarrollo ¿quién no ve que este abandono constriñe a renunciar de golpe a toda noción de programa biológico y, por anticipación, genética?

Jean-Jacques Kupiec y Pierre Sonigo confrontan la tesis darwiniana a los dogmas de la biología actual. Esta confrontación permite sostener el empuje del modelo de azar-selección, a la mirada de los modelos llamados instrucionistas, quienes dictan sus conductas a los organismos vivientes. Paradoja: *la referencia a Darwin denuncia lo que el determinismo genético debe a la metafísica* y permite poner en evidencia el cortejo de las hipótesis necesarias para sostenerla. Sin embargo, los autores ponen igualmente en evidencia *la eficacia de la convicción metafísica* de la existencia de un programa genético sobre los sabios que se lanzan a su conquista. ¡Suerte de versión encarnada del sujeto supuesto saber! Igual si esta última explicación releva de la metafísica, ella no impide, en efecto, una descripción precisa de componentes que vuelven a entrar en el cuadro teórico del modelo azar-selección el cual desmiente la existencia de dicho programa.

d) Lo desechado por la biología, de la revolución científica:

¡La hipótesis determinista descansa los espíritus perezosos! La puesta en evidencia de una correlación entre un carácter fenotípico y la presencia de tal gen prueba, por supuesto, la asociación más que el gen sea la causa determinante. Hablar de componente genético pone en causa la posición central del gen en los fenómenos biológicos. Esta posición central se enuncia como un dogma: lo que se transmite de una generación a otra no es tanto el carácter hereditario sino el gen. Este es ese lazo causal entre gen y carácter fenotípico hereditario, que constituye el contenido explicativo (en adelante discutido) de la genética: “El dogma central de la biología molecular es que la secuencia del ADN determina la secuencia química de los aminoácidos y de las proteínas, los cuales en su recorrido determinan en ellos solo la función de las proteínas. El nuevo dogma central de la genética del desarrollo es que la forma de un organismo puede ser deducida del conocimiento exhaustivo de vías de regulación genética (tal gen “ilumina” tal gen)”⁹

Esta tesis aseguró el éxito de la biología y la derivación de teorías genéticas de la herencia: cada rasgo o fenómeno de la vida se explicaría por un gen. La identificación de genes daría la clave del fenómeno. Estos son los investigadores que parten en la búsqueda de los genes del cáncer, de la mucoviscocidad, de la esclerosis en placas, de la obesidad, de la esquizofrenia, del autismo, de la agresividad, del crimen, del deporte e igualmente de la fidelidad conyugal. (¡Y nosotros pasamos!) Extraña posición, que rechaza al psicoanálisis como un mito, pero se esfuerza en construir la teoría biológica susceptible de atribuir todos los males físicos y morales de la especie humana... ¡a Adam y Eva! ¡Por qué extrañarse entonces, que los universitarios defiendan el carácter científico de la creación del mundo, relatada en el "Génesis"¹⁰, contra el justamente darwinismo! (Lecourt; Sauret 1993).

⁹ Richard Lewontin indica de manera precisa lo que falta en este razonamiento: el olvido del ambiente constitutivo y no simplemente determinante del proceso. *La triple hélice: los genes, el organismo, el ambiente. Op. Cit., p. 132 sg.*

¹⁰ El primer libro de la biblia atribuido a Moisés como aquellos que componen el pentateuco los cinco primeros libros de la biblia.

Esta concepción ha sido adoptada con entusiasmo por los teóricos de la psicología justamente para extraer el término psicogenético hacia una concepción biológica. Estos psicólogos no se han dado aún cuenta que la revolución biológica anuncia el reflejo del basamento genético, (hasta adoptarlo de su disciplina). Estos investigadores perciben bien los límites del modelo determinista lineal. Tanto si ellos postulan más adelante que no es un gen el que está en juego (por ejemplo en el autismo), pero sí un conjunto, el terreno genético, susceptible de encadenar las variaciones -por cierto complicadas- por los factores ambientales. El gen se vuelve plástico, susceptible de explicar todas las variaciones del carácter que están a él asociados, y si él no es suficiente el experimentalismo postulará la incidencia de un segundo gen; y aún de uno tercero en caso de insuficiencia, y así sucesivamente. Por fecundo que sea este razonamiento que pretende prestarse en la complejidad, él renuncia con aquello de la astrología: ¡es siempre posible invocar una ascendencia suplementaria que terminará por validar la interpretación (p. 10)!

Allí dónde los biologicistas cuentan con las observaciones venideras para elucidar el programa genético, otros en cambio se interrogan ya ¿si acaso no podría ser que la genética reduplica a su nivel el tipo de explicación platónica? Para Platón, la explicación de los seres reside en el mundo de las ideas; para la biología (la genética) ella residiría en el mundo molecular de los genes (p. 10), y la materia ADN no cambia nada en el asunto.

“En esta perspectiva -concluyen Kupiec y Sonigo-, la genética sería condenada a quedarse en una práctica pre-copernicana, ciertamente capaz de acumular datos descriptivos de más en más precisos y de multiplicar los procesos tecnológicos, pero incapaz de comprenderlos o de alcanzar un nivel de desarrollo comparable a las ciencias físicas” (p. 10). *La fractura entre la ciencia fundamental y la tecnológica desde entonces emancipada es inquietante*, lo mismo si ella confirma el veredicto lacaniano, según el cual “una práctica tiene necesidad de ser esclarecida para operar” (Lacan 1974).



e) ¿Un lugar para el sujeto?

Evidentemente, el abandono de nociones de especie y de programa genético obliga a los autores a repensar la genética con un nuevo aire: allí aún al riesgo de cansar a nuestro lector, afirmamos que la obra de Kupiec y Sonigo es sobre este punto inevitable. Acentuamos en una última consecuencia: si no hay especies eternas, ¿qué implica esto en el humano? Los descubrimientos "prehistóricos" recientes constriñen a los investigadores a atribuir una cultura en los individuos, justamente sin lazo genético directo (Coppens y Picq; Picq; Trinkhaus y Shipman). Desde entonces, si no hay especies humanas en sentido estricto, si la humanidad del humano es transbiológica, ¿qué hay en esto de "subcategorías" (autismo, esquizofrenia, estados límites, depresión, etc.) que una psicopatología se esfuerza por promover? Podría ser conveniente consentir a la vez contrariamente renunciar a la categoría predefinida (que proporcionan los criterios de inclusión de un individuo en una población experimental) para registrar y cuestionar las semejanzas entre las soluciones concretas que cada individuo da en su relación al mundo y a sus semejantes.

Nosotros medimos la distancia entre *una* (sino la) la psicología y el psicoanálisis. De un lado esta psicología se ocupa en construir estadísticamente, las clases de individuos, y trata de justificar su existencia (los males mentales, los autistas, etc.), al evocar un posible basamento genético según un modelo que la biología debe rechazar para constituirse como ciencia. Del otro lado, el psicoanálisis promueve el caso por caso, simplemente en acuerdo con las exigencias de la ciencia moderna. Esto está por cierto fuera de cuestión de borrar el lazo del que cada individuo tiene a la organicidad. Pero en lugar de sucumbir *al prejuicio metafísico del determinismo biológico*, él quería mejor plantear que la biología, lejos de prohibir la historia, tiene la huella, hasta la cumple (Sauret 1994, 1996, 1999). *Hay entonces lugar para una teoría del sujeto compatible con los aspectos más prometedores de la biología.*

El problema no reside en el descubrimiento del lugar del azar y de la contingencia¹¹. Las más modernas teorías biológicas consideran que la teoría de la determinación genética, sobre la cual está construida la decodificación del genoma humano, no es científica. Ellas lo prefieren a un modelo probabilístico, directamente deducido del postulado evolucionista de Darwin, según el cual las células se desarrollan en todas las direcciones posibles, susceptibles de asegurar su mejor supervivencia en interacción con el medio ambiente.

En interacción significa que el medio ambiente es un componente del desarrollo celular y del viviente en general y no un factor susceptible de tratarse proporcionalmente en su cantidad o en su cualidad sobre el recipiente biológico, el cual sería autónomo: de esta manera la tesis según la cual los individuos poseerían un fundamento biológico equivalente que se distinguirían intelectualmente en función de sus medios, están falseados (Jay Gould 1986; 1997; Nelkin y Lindee). Ella hace de otro modo pasar discretamente la idea que, en un medio cultural comparable, sólo las diferencias biológicas explicarían las diferencias intelectuales: la inteligencia sería entonces biológicamente determinada, el recorrido está jugado (Herrnstein y Murray; Kupiec y Sonigo; Lewontin; Pichot; Thomas).

De suerte que, lo mismo para un biólogo, no es absurdo enunciar que el humano es una cierta organización celular a lo que está remitido para su supervivencia, de hecho las razones contingentes, al lenguaje, modifican de un mismo golpe lo que él hace comprender por vida: aquella del sujeto, la vida del deseo, contaminando la vida orgánica. Esta hipótesis recibe el apoyo de las neurociencias que demuestran que la organización cerebral, la sobrevivencia y la especialización de neuronas, dependen en el humano, de su estimulación por el lenguaje bajo las dos especies de su materialidad: el sonido y el sentido. (Pomier). ¡Entonces a propósito de la existencia... se requiere de al menos un otro sujeto que escuche y al cual responder!

¹¹ Nosotros nos prestamos de los párrafos que siguen a una intervención de Marie-Jean sobre el pasaje al acto en la universidad de Nantes.

Evidentemente, nosotros no sabemos de qué manera el lenguaje es un elemento que ha llegado a ser constitutivo del viviente mismo. Aunque Darwin parece haberlo contemplado cuando él postula el fin de la selección natural con lo humano, del hecho que este último ha seleccionado un comportamiento altruista (salvar los débiles) que va contra la llamada selección. Esta hipótesis ha sido claramente enunciada por Lacan desde 1964 a propósito de la experiencia de Pavlov: ¡el animal no aprenderá a hablar por la vía de la introducción de un ambiente lingüístico porque... el animal no es hasta el presente un ser hablante! (Lacan 1964)

4 - Una teoría del sujeto

¿Es legítimo interesarse en el sujeto que fabrica la ciencia, en aquel que habla, duda, etc., aquel del cual depende, del cual se obtendría la objetividad científica? Basta anotar que este sujeto no sería tenido en cuenta sin la ciencia para legitimar una respuesta positiva. Pero entonces conviene plantear sin vacilación que no es científico estudiar este sujeto por los procedimientos que lo niegan. ¿Es también aberrante exigir al psicoanalista las pruebas experimentales de modificaciones subjetivas, de descripciones estadísticas, de diagnósticos o una garantía cuantitativa y cualitativa de la existencia de procesos y de la eficacia de las intervenciones del psicoanalista; tanto como exigir una *carne* al panadero o a un astrofísico, el análisis de una célula del sistema nervioso central! Esta es por tanto la posición constante de una psicología con respecto al psicoanálisis.

Para captar esto, conviene partir de una constante tan simple que es evidente. El sujeto hablante habita el lenguaje: nada permitiría llegar a él que no deba tratarse por las palabras, algunas veces para explicarlo, siempre para conferirle un sentido. La distinción es decisiva: explicar esto es rendir cuentas de la naturaleza y del funcionamiento; interpretar, esto es responder a la cuestión “¿por qué hay algunas cosas más que nada?” Esta distinción es a menudo la ocasión de un contrasentido: así en oposición a la psicología cuantitativa (científica), que se consagraría en la explicación, y la psicología

cualitativa (psicodinámica¹²), que se ataría al inventario, incluso a la promoción de sentidos producidos. Los poseedores de los métodos cualitativos subrayan por otra parte un punto en esta ocasión, remarcan que los estudios cuantitativos que no toman en consideración la primera característica del humano, la interpretación de eso que le llega, allí incluyen la experiencia psicológica a la cual él está sometido, presentan una validez ecológica nula, puesto que ellas no tienen más que ninguna relación con la población real (Parker). Pero, aunque nosotros lo hayamos ya notado, cantidad (medible) y cualidad (descriptible) no son más que dos aspectos objetivables por vías diferentes de particularidades observables sobre un objeto. Y se comprende que los filósofos sostengan la idea de una reducción en la racionalidad científica de todos los hechos cualesquiera que ellos sean, medibles o no (Bunge; Quiniou).

La cuestión introducida por el psicoanálisis está un poco desplazada. A este nivel, ella es doble: a) ¿de dónde viene el llamado de lo humano al sentido? b) ¿es imposible considerar el lenguaje mismo, medio de la explicación como del sentido, a la manera de un objeto científico? En el fondo estas interrogaciones están implicadas por el hecho que el humano es el único de todos los objetos de la ciencia que continua *hablando después del pasaje a la ciencia*, a plantearse él mismo la cuestión que la ciencia plantea a sus objetos “¿Qué soy yo?”, y deber extraer las consecuencias tanto de la *materia* de la cuestión como de la respuesta. Es asombroso que los sabios que han hablado sin parar en la biología, convencidos espontáneamente que el materialismo es científico, rechazan examinar el materialismo del lenguaje por él mismo, lo que Lacan calificaba de “*motérialisme*” (palabramaterialismo) para reducir el lenguaje al menos a un epifenómeno de conexiones neuroniques (“*neuro-neuróticas*”).

Examinemos este “*motérialisme*” (“*palabramaterialismo*”), está excluido este recorrido en estas páginas, pero nosotros podemos, siguiendo tanto a los lingüistas como a los psicoanalistas, deducir lógicamente el comienzo *de una teoría científica del sujeto - que privilegia, esta vez, la causa material*.

El lenguaje designa el poder de simbolización, es decir, no solamente de representar alguna cosa en su ausencia, sino de llevar en la existencia como

¹² Yo volveré más adelante sobre este término.

hecho de lenguaje cualquier cosa que no existe aún: la creación es en este sentido decisiva para aprehender el sujeto. Sin embargo, el lenguaje en tanto tal habita una potencialidad mientras que él no se encarna en una lengua. Esto último, es una institución social, compartido a título diverso por aquellos que lo usan. Pero no más que el lenguaje, una lengua no contribuiría en la producción del sentido o de la explicación si el primero no estaría puesto en obra en el segundo por un sujeto singular: en el acto de la palabra. Es por esto que la palabra es el índice más precioso de la existencia y de la presencia de un sujeto.

Descomponemos, con la lingüística de De Saussure, Benveniste, Jakobson, el lenguaje, así encarnado en una lengua y animado por una palabra, en sus elementos últimos, aquellos cuya composición contribuye al sentido o a la significación: nosotros caemos sobre el significante, que es el lenguaje encarnado lo que es átomo a la molécula. Desafortunadamente los deslizamientos que resultan de una tal aproximación, tomamos la palabra por el significante. Aislada, la palabra (el significante), no significa nada¹³. De allí la escritura que propone Lacan de este signifique *asemántico*: S1. Así de palabras "árbol", "banana"... Por supuesto, es dado que cada uno toma del lenguaje del Otro (padres), las significaciones que le proponen. Pero es imposible de pararse en ninguno: el significante no puede representarse él mismo más que en su equívoco al significar eso de lo que es excesivo en un momento dado. A decir verdad, el significante vale por su diferencia con todos los otros y con él mismo tanto que él se ve en el ejemplo en adelante clásico: "¿Es *obsoleto* el preguntarse si el significante *obsoleto* es *obsoleto*?" El significante *obsoleto* se repite, idéntico, pero no es lo mismo: $S = / = S$ en el lenguaje corriente; *al contrario* del lenguaje matemático donde $A=A$. Pero esto es así porque el lenguaje matemático no se habla: ¡imposible es traducir allí una declaración de amor incluso para... los matemáticos!

¹³ O bien, él funciona semejante a una injuria: en este propósito conviene preguntarse por qué las categorías de la Psiquiatría son utilizadas como insultos: psicópata, loco, débil, histérica, perverso, obsesivo, etc. ¿No es porque intuitivamente nosotros sentimos que ellas designan al sujeto? Esto es raro, no menos imposible en toda lógica (puesto que se trata igualmente del S1) aquel que se envía en la figura de nombres de males orgánicos (esto es verdad, muy frecuentemente, en una acepción metafórica): lisiado, fracturado, manco (bobo, pendejo), tullido...

Porque él es *asemántico*, el S1 llama de cierta manera a otro significante (o todos los otros resumidos en la escritura S2), para señalarle lo que en él no funciona de sentido. El S1 está disponible para el sentido y la significación, a condición de ser articulado, tomado en una cadena significativa –del hecho de un acto de palabra. “El plátano del árbol” no se confunde ni con “el plátano del tendero” (que no está sin el recurso del equívoco) ni con “el plátano del rockero”... De suerte que la primera cosa que representa el significante S1, antes incluso que el sentido de la significación llamadas a las que él contribuye, este es el sujeto quien habla. De donde el aforismo frecuentemente repetido: el significante representa el sujeto para otro significante.

De golpe, nosotros debemos concluir que el significante redobla el enigma que el sujeto está llevado a reencontrar en el hecho de hablar: “¿qué soy yo?”, incluso “¿por qué estoy allá?”, enigma que no se confunde con una interrogación que llevaría sobre “cómo yo pienso, cómo funciona mi cerebro, etc.”. Al hablar, yo gano una singularidad que no se identifica con su corporeidad o con su anatomía: esto es precisamente cuando nosotros reencontramos un incognoscible allí dónde no debería estar más que nuestra interrogación “¿quién es él?”. La individualidad en cada uno conoce las particularidades (cuantitativas o cualitativas) ofrecidas a la mirada y, eventualmente, a la ciencia (o a la medicina), no responde a la cuestión de eso que el sujeto es. En efecto, si el significante permite plantear la cuestión de lo que yo soy, las respuestas que se autorizan no son hechos más que de palabras: se confronta cada uno al hecho que en el lenguaje, él falta, puesto que el significante o no significa nada o no hace más que representar. Cada uno que habla se tropieza en el lenguaje, en su falta de ser, en el hecho que lo real de eso que él es como sujeto puede designarse, pero no se atrapa por los medios del simbólico¹⁴.

Cualquiera concluye allí en la virtualización del sujeto de la palabra, reducida a la materia lingüística que la representa, y a la necesidad de completar las neurociencias de una psicolingüística cognitiva. Esta no es, precisamente, la posición del psicoanálisis, que no se interesa precisamente más

¹⁴ En ser como hecho de lenguaje, yo falto. De donde el sintagma forzado por Lacan de “*falta en ser*”.

que lo que del sujeto no es de lenguaje, y que nosotros debemos de evocar bajo el término de “real del sujeto”. Notemos este real, con Lacan, *a* (se lee: “pequeño *a*”).

5 - Una forclusión (exclusión) estadística

Esto es en nada allí comprendido: hoy en día, de todas partes, las voces se elevan para desacreditar al psicoanálisis en nombre de la ciencia, invitan a renunciar a toda teoría y a admitir como evidente que las manifestaciones psicopatológicas, de una parte, se imponen ellas al observador, de otra parte, sustituyen el campo de la medicina orgánica.

La simpleza del primer punto deja perplejo: nosotros la habíamos discutido ampliamente en el capítulo consagrado a “la época psicoterapéutica”. Y el segundo esclarece la “forclusión del singular”. Recordemos esto que nosotros habíamos deducido del capítulo “Singularidad, indeterminación: un uso ético”

Lo singular está, de suerte, en lo que falta al individuo humano (lo que le suplementa) por ser exhaustivamente reducido por la ciencia eso que nosotros habíamos señalado con Lacan: *pequeño a*. Lejos de ser descalificada, la singularidad entonces debe entrar en el cálculo de la ciencia: ella se amarra como rasgo en eso que un sujeto deja de decir de su relación al lenguaje, a su cuerpo y al goce. Es necesario allí un dispositivo que parte del caso concreto. Los psicólogos comportamentalistas vieron muy bien que ellos no llegan a asir para su método lo que hace la especificidad “integral” de un individuo, puesto que los estudios reposan sobre una media de medidas: las características concretas son borradas en provecho de un individuo medio que no tiene ninguna existencia. La multiplicación de meta-análisis allí no cambiará nada: ella no equivaldrá jamás al reencuentro de un sujeto concreto que se engancha justo en su ser en la relación con un verdadero clínico.

De hecho, los que sostienen el recorrido experimental tienden a compensar esta falta de dos maneras.

De una parte, ensayando desglosar a cada individuo en una multitud de elementos conforme y en la medida en que el mejoramiento de las herramientas estadísticas permiten afinar la descripción, ellos son añadidos de nuevo sobre el estudio de las particularidades. Así se precisa que sea la medida de una particularidad, la que no equivaldrá jamás a eso que hace lo real de un sujeto. Este proceso es comparable a aquel del hombre que habiendo perdido las llaves de su vehículo en una noche oscura va a buscarlas en la avenida de al lado porque allá al menos hay *luz!* Lo repetimos aquí para aquellos amigos que esperan exista una vía media entre el proceso psicoanalítico y el proceso experimental: no es científico estudiar la singularidad por medios que la borran. No se puede tratar entonces más que de una falsa ciencia.

De otra parte, acumulando los individuos: si la singularidad no es medible, se puede siempre contar los individuos lado a lado, para hacer valer las características estadísticamente significativas - inventando la teoría para contradecirla de golpe con las exigencias de la ciencia moderna, según la cual una *muestra reducida* no permite concluir y, *por fuerza*, un solo estudio de caso. ¡Pero para lo que es el estudio de la singularidad, ninguna muestra así sea grande no será significativa! En efecto, el muestreo plantea por principio que los individuos son comparables desde el punto de vista de criterios de inclusión que ellos tienen en común: lo que exige alargar todo lo que reemplaza la singularidad (apellido, nombre, relación al sexo y al goce; no forzosamente fantasma y síntoma en tanto que tal, pero lo que el sujeto hace)

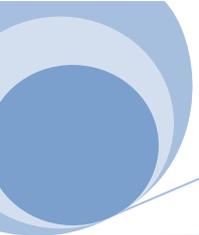
El proceso entraña, al menos, dos consecuencias dramáticas. La primera reside en el hecho que el rechazo de la singularidad, y las soluciones adoptadas por el sujeto para ligarse a los otros, lleva al investigador a focalizarse sobre la repartición de las particularidades y adoptar el criterio de normalidad estadística como criterio del funcionamiento psíquico. De golpe no importa cuál comportamiento (llevar su sombrero, comer pizzas, utilizar su computador, etc.) es susceptible de una evaluación, contribuyendo siempre más al menosprecio de la singularidad. A veces de una manera tal que nosotros nos reímos si las consecuencias no tendieran a ser trágicas.

Ciertos colegas, militando contra las "mentiras freudianas" (cf. la crítica de Roudinesco) conducen en la universidad un ataque sin precedentes, sistemático y razonado, contra el psicoanálisis, especialmente de orientación lacaniana, programando la desaparición de la jeraquía. La operación es conducida en nombre de la defensa de "la" ciencia. Es por esto que es doblemente oportuno examinar, en las investigaciones y las publicaciones, lo que conviene entender por evaluación científica.

Un solo ejemplo, en el cuadro de este capítulo: la evaluación de la investigación de sensaciones fuertes por la muestra de Zuckerman, que nosotros tenemos a la mano¹⁵. Los individuos abandonados a los comportamientos de riesgo (consumo de sustancias psico-activas...) implicando sensaciones fuertes tienen un puntaje elevado en dicha muestra: existen no obstante sujetos con altas sensaciones fuertes (aquí, la muestra no nos enseña nada más que eso que nosotros ya habíamos puesto por nosotros mismos). Luego, se deduce que las personas identificadas, gracias a la muestra como teniendo los comportamientos de riesgo (HSS), entonces por ejemplo, consumidores de droga- ¡están más expuestas que los otros... al riesgo de la adicción! ¿La tautología no parece incomodar a los autores, a menos que ellos no postulen que su muestra permite revelar la existencia de sujetos adictos a las sustancias psico-activas.... entre aquellos que allí no consumen?

La muestra de 1964, por ejemplo, aísla cuatro factores, entre los cuales la desinhibición (utilización de un desinhibidor como el alcohol). Lo que no impide al autor concluir doctamente: "un adolescente" tiende bien al alcohol", teniendo los antecedentes de conductas de dependencia en su familia y utilizando el consumo de sustancias psicoactivas como medios de conocer nuevas experiencias y de luchar contra el aburrimiento, aparecen particularmente con riesgo de un uso abusivo del alcohol". Traducción: ¡un adolescente que bebe, empujado hacia la bebida por todo lo que le rodea, tiene fuertes oportunidades de llegar a ser alcohólico!

¹⁵ Cf. la memoria de la maestría de Anne Guillaum *El pasaje al límite de nuestra sociedad pos-moderna* bajo la dirección de Marie-Jean Sauret, U.F.R de Psicología, Universidad de Toulouse 2 Le Mirail, septiembre, 2004.



Este estudio experimental podría por tanto acoger otra conclusión, científica aquella, y... clínica: ¿que no se interese tanto en el hecho que el 100 % de los adolescentes en la misma situación no llegan a ser alcohólicos? Este límite en la correlación revela la incertidumbre introducida por el sujeto, la cual escapa a las determinaciones medidas: y lo que es esta indeterminación que signa la presencia de la singularidad.

Puede releerse aquí la encuesta sobre la toxicomanía evocada en el capítulo 4 de la segunda parte; el segundo ejemplo, para recordar la pista clínica alternativa que nosotros habíamos promovido. Los autores consideraban la adicción de manera cuasi tautológica, como la consecuencia pura y simple de la absorción de tóxicos. ¿Pero puesto que los estudiantes no están dirigidos hacia la droga entonces también ellos no conociendo los riesgos, no podrían contemplar que al menos algunos entre ellos la habían buscado por ellos mismos? ¿Por qué? ¡Entonces un buen tema de tesis... de psicoanálisis! Aquel aquí reintroduce la singularidad allá donde el investigador lo rechaza con el apoyo de las estadísticas.